

ber combatido felizmente con un ejército seis veces más numeroso, tomaron la resolución de abandonar la ciudad de Querétaro, y dirigirse sobre México. Debían partir en la madrugada del 15; mas á las tres de la mañana, el traidor López, protegido hasta entonces del Emperador, y comandante del convento fortificado de la Cruz, introdujo al enemigo por este punto, que completamente domina á Querétaro."

El Emperador dijo al abogado Riva Palacio, uno de sus defensores, y notabilidad respetable entre los liberales, y á todas las personas que lo visitaban en su prisión: "*No soy vengativo; debo los males que me agobian á Márquez y á López: Dios los juzgará*" (1). Otras veces exclamaba: "*Yo perdonaré á López antes que á Márquez.*"

Y sin embargo, el desgraciado Maximiliano ignoró los actos más infames de la traición.

—Yo no he matado, ni he sido cruel, ni me he vengado de nadie, ni me he cogido nada.

En efecto, tiene por testimonio los hechos.

Esté es el hombre en quien se ocupa Arellano. [Nota de A. P.]

(1) Debemos hacer constar, en reivindicación del coronel Miguel López, que los Lics. Eulalio María Ortega, Jesús María Vázquez, Mariano Riva Palacio y Rafael Martínez de la Torre, defensores de Maximiliano, no hacen la menor mención, en sus defensas, de aquel militar y su traición. Y téngase presente que estos jurisperitos notables por su saber acudieron á todos los medios posibles para salvar á su defensor. ¡Es muy extraño este silencio absoluto acerca de un hecho de tanta trascendencia para la salvación del Emperador! [Nota de A. P.]

XIX.

Arellano se escapa de los republicanos.—Ejecución de Méndez.—Arellano ofrece sus servicios á Maximiliano.—Se dirige á México.—Entra en Tacubaya.—Evade el rigor del sitio de la capital y entra en ella.—Confirma las falsas noticias dadas por Márquez respecto de la próxima llegada del Emperador á la Capital.—Márquez no ignoraba los acontecimientos de Querétaro.—Conducta de este general durante el sitio de la Capital.—Se desembaraza de los Ministros Vidaurri y Portilla.—Dispone de 150,000 pesos que Vidaurri enviaba al Emperador.—Increíble extremo de su venganza contra Miramón.—Prodiga grados y condecoraciones.—Conferencia de Márquez y Arellano la noche del 14 de junio.—Estratagemas empleadas para dar valor al ejército y al pueblo.—Sensación pública.—Últimos deseos de Márquez.—Fusilamientos en Querétaro.—La venganza satisfecha de Márquez pone fin á la penosa situación de la Capital.

Después de haber permanecido al lado del Emperador hasta las once de la noche del día 14 de mayo, tratando de la suspensión del movimiento dispuesto para hacer un esfuerzo decisivo que pondría término á la crítica situación de las tropas imperiales, Arellano se ocupó en varios negocios de Maximiliano y Miramón, negocios que debió haber tratado por escrito hasta las cuatro

de la mañana del día siguiente, 15. ¡Cosa extraordinaria, que da la medida completamente de la sorpresa causada á los sitiadores por la traición de López: á las tres de la mañana comenzaron las operaciones para entregar la plaza á los republicanos, y nada percibieron los que velaban aquella noche en la ciudad!

Terminado el trabajo urgente que ocupaba á Arellano, se había entregado al sueño durante las tres horas que le quedaban; transcurridas éstas, despertó en poder del enemigo. Informado de la traición de López, y sin poder explicarse la realidad de lo que pasaba, quedó hecho prisionero por una guerrilla de Sinaloa. Convencido de que pagaría sin duda con su vida, su fidelidad á una causa política y su adhesión al Emperador, resolvió procurar su libertad personal. No siendo conocido por el jefe de la guerrilla que le capturó, y pasando como un oficial de poca importancia, le ofreció en cambio de su libertad, lo que estaba á su alcance (1).

(1) Las guerras civiles traen consigo la escoria de la sociedad, y forman estas gavillas de vándalos que encuentran la impunidad á la sombra de una bandera política. Felizmente la guerrilla que me hizo prisionero, se componía de bandidos de Sinaloa. El aspecto de su jefe me inspiró la idea de ofrecerle mi reloj y diez onzas de oro, si me dejaba en libertad, prometiéndole también que le daría 1,000 pesos si la noche siguiente me conducía fuera de la plaza. El jefe aceptó mi proposición sin vacilar, y encontrándome dueño de mi libertad, me guardé muy bien de cometer la imprudencia de esperar su regreso.

El destino, que no había decretado todavía su muerte, permitió que el guerrillero aceptara sus proposiciones y se contentara con recibir á título de rescate el valor mezquino que tenía á su disposición, bajo cualquiera forma (1).

Sabiendo que Méndez y Arellano no estaban entre los prisioneros, los jefes republicanos expidieron un decreto en que imponían la pena de muerte, sin formación de causa, á todos los imperialistas que no se presentasen en veinticuatro horas y que fueran aprehendidos. Una larga experiencia había enseñado á Arellano que el partido vencedor fusilaba sin compasión á los prisioneros de guerra y que jamás tenía piedad para los vencidos; esta experiencia le hizo despreciar las medidas sanguinarias que se dictaban para disfrazar el asesinato, y prefirió, como siempre, abandonarse al capricho de la fortuna. Mucho había avanzado la noche del 18, cuando los republicanos capturaron al general Méndez, á quien fusilaron á las once de la mañana del día siguiente, después de haber identificado su persona. La ejecución de Méndez se verificó enfrente de la fachada principal de la casa misma donde estaba oculto Arellano.

Para asistir más cómodamente á la sangrienta escena de la ejecución, muchos jefes republicanos, entre ellos Ugalde y muchos guerrilleros de renombre, penetraron en esta casa, y se instala-

(1) Como se ha leído en el prólogo, la salvación de Arellano debióse á haber traicionado á su partido.

ron en ella, á dos ó tres pasos del hombre á quien querían sacrificar por venganza política (1).

Luego que le fué posible, Arellano escribió á Maximiliano, pidiéndole sus órdenes, y manifestándole que estaba dispuesto á marchar á México, á Veracruz ó á Europa; ó en fin, á cualquier otro lugar en donde tuviera necesidad de sus servicios. El ilustre prisionero le contestó verbalmente que tratara de asegurar su libertad, y que después, en el extranjero, haría uso de su buena disposición (2).

Cumplidos estos deberes, cerca de Maximiliano, Arellano se puso á combatir tenazmente con-

(1) El general Ramón Méndez, después de la toma de la plaza de Querétaro por las fuerzas republicanas, el 15 de mayo, se ocultó en la casa letra E del callejón de Don Bartolo, donde fué capturado en las primeras horas del día 17 y conducido al ex-convento de Teresas, del cual fué sacado dos horas después para llevarlo á la prolongación de la calle del Cebadal, en la que fué ejecutado inmediatamente.

El general Méndez aplicó desapiadadamente la terrible ley de 3 de octubre de 1865 á los generales José María Arteaga y Carlos Salazar, sin que tuviesen conocimiento de ella; la cual ley, según decía en circular reservada á los jefes imperiales el ministro de guerra, general Juan de Dios Peza, "se había dado, no para que quedara escrita, sino para que tuviera una aplicación inflexible é inmediata."

Méndez fué implacable en la comisión de todo género de crímenes. (*Nota de A. P.*)

(2) Las personas que gozaban de la intimidad de Maximiliano, entre otras su secretario Blasío y su oficial de órdenes Pradillo, tuvieron conocimiento de mi carta.

tra la facción enemiga que se creía segura de que tarde ó temprano le conduciría al último suplicio. México y Veracruz eran los únicos puntos hacia donde podía dirigirse, á pesar de que las dos ciudades ya estaban sitiadas por los republicanos. Eligió la primera, por ser la más próxima á Querétaro, y porque abrigaba la esperanza de que se resolvería el general Márquez á hacer un supremo y último esfuerzo para salvar la vida de Maximiliano y la de Miramón.

Disfrazado cuidadosamente, salió de Querétaro Arellano, caminó cincuenta leguas y atravesó las filas de los republicanos, que, escalonados en el camino, se dirigían hacia la capital para engrosar las tropas sitiadoras; recorrió después un cuarto de círculo de la línea de circunvalación y penetró en el cuartel general de Tacubaya, en pleno día. Le pareció que este punto, en razón de los riesgos que ofrecía, era el más seguro. Triunfó de las dificultades casi invencibles que se le presentaban, puesto que se trataba de engañar á los sitiadores entrando en la capital, donde nadie penetraba sin autorización expresa del general en jefe de los republicanos. Quince días empleó en preparar un expediente que le ofreciese algunas probabilidades de buen éxito.

Supo el 14 de junio que ya se había reunido en Querétaro el consejo de guerra para juzgar al Emperador y á los generales Mejía y Miramón. No había tiempo que perder; la noche de aquel mismo día fué tan solemne y memorable para los acusados, puesto que entonces se les pronunció

su sentencia de muerte, como para él, que corría los mayores peligros.

Disfrazado de vivandero, salió de Tacubaya á la puesta del sol, atravesó la línea de los sitiadores y se dirigió hacia el punto que le pareció más conveniente. La fortuna le favoreció, y pudo penetrar en la plaza, por el lado del oeste.

Ignorando lo que pasaba en México, se dispuso para obrar convenientemente en todos los casos posibles. Apenas podía concebir que, después de un mes, casi se ignorasea en la capital los acontecimientos que habían tenido lugar en Querétaro; por lo mismo, fué grande su sorpresa cuando el general Tabera, comandante en jefe de las tropas de la capital, en la ansiedad en que se encontraba, tuvo la imprudencia de preguntarle ante una numerosa reunión si era cierto que se aproximaba el Emperador. Ante la idea de dar el golpe de gracia á la moral de los imperialistas, y por el temor de que se pudiese considerar como el verdadero autor de la pérdida de México, contestó afirmativamente; entonces fué conducido ante el general Márquez, con quien tuvo una importante conferencia, que se prolongó desde media noche hasta las cuatro de la mañana.

No ignoraba Márquez los acontecimientos de Querétaro, y respecto de algunos tenía mejores datos que el mismo Arellano, quien había sido testigo y actor. Sin embargo, después de hacer que fueran derrotadas las tropas que conducía hacia Puebla, y condenados á perecer irremisiblemente Maximiliano y sus soldados, se propuso

Márquez, como siempre, álejar cualquiera suposición respecto de su infame conducta, haciendo aparecer que todos sucumbían por faltas de los defensores de Querétaro, siendo evidente que éstos y el país entero le debían su propia ruina.

Pocos días después de la derrota de San Lorenzo, se presentaron frente á México las tropas republicanas. Márquez proseguía su plan de venganza, y llevó su crueldad hasta el punto de exponer la populosa capital á los horrores de un prolongado sitio, sin más objeto que el de satisfacer sus bárbaras pasiones.

Desde su llegada á México, de donde debía sacar todas las tropas para auxiliar á los defensores de Querétaro, había anunciado que debía gobernar como delegado del Emperador, hasta que éste volviera á la capital; además, hizo comprender á la población y al ejército que tenía órdenes terminantes para defender la capital á todo trance.

Siguiendo, como siempre, el camino que debía conducirle á su objeto oculto, procedió en México como en Querétaro, dejando en poder de los republicanos todos los elementos que pudieran facilitar sus operaciones, y particularmente los trenes del ferrocarril de Apizaco, que les fueron de grande utilidad para el transporte de tropas y víveres.

Atendiendo sólo á la pérdida de Querétaro, y con el fin de quitar todo prestigio al gobierno imperial, se abandonó á toda especie de violencias contra los capitalistas, para que le dieran el

dinero de que tenía tanta necesidad. Entré las medidas que tomó y que revelan una increíble depravación de sentimientos, la principal consistía en enviar á los puntos más peligrosos de las líneas á los ricos que se hallaban en la imposibilidad de entregarle en numerario las fuertes cantidades que les había asignado, al mismo tiempo que sitiaba á las familias, ocupando sus casas la fuerza armada é impidiendo que tomaran alimento alguno, hasta que entregasen la suma pedida. Para hacer estos medios más eficaces, hacía separar á los niños de sus nodrizas, impidiendo que estos seres débiles pudiesen mamar, si no se entregaba el dinero que á sus padres se les había exigido (1).

La presencia de los ministros Vidaurri y Portilla, hombres leales, unidos por Maximiliano á un traidor, era un obstáculo que se oponía á sus proyectos, y por esto se desembarazó de ellos con la mayor facilidad. Nulificó de tal manera al primero, quien ocupaba el elevado puesto de Presidente del Consejo y Ministro de Hacienda, que le obligó á retirarse á su casa, de donde no debía salir, sino para marchar al cadalso. Destituyó al segundo, alegando que sus funciones eran incompatibles con el estado de sitio en que se hallaba la ciudad. El día en que Márquez alejó del ministerio de la guerra al honrado y leal general (2),

(1) La familia de Rincón Gallardo fué víctima de uno de estos actos de barbarie.

(2) Traicionó al Imperio y á Márquez, ofreciendo al

puesto que ocupaba por voluntad expresa y reiterada del Emperador, Portilla presentó su dimisión, herido por las medidas arbitrarias del lugarteniente del Imperio. No podía éste perdonar que Portilla hubiera tenido la intención de sujetarlo á un consejo de guerra, por la conducta que había observado en la expedición á Puebla. La dimisión de Portilla terminaba con estas enérgicas palabras:

“No me es posible desempeñar el Ministerio de la Guerra, decía Portilla, puesto que se me ha quitado el libre ejercicio de mis atribuciones. En consecuencia, pido á V. E. el permiso de renunciar este empleo, suplicándole, si encuentra comprometida mi responsabilidad, me haga comparecer ante el tribunal respectivo; mas si no pareciese conveniente á V. E. esta última determinación, le suplico me confie el puesto militar en que me crea útil. *Declaro al mismo tiempo á V. E. que en primera ocasión haré valer todos mis derechos de Ministro de la Guerra, ahora ultrajados*” (1).

Hemos dicho que la libranza de 150,000 pesos, enviada á Querétaro por el Ministro de Hacienda, había sido guardada por el traidor, que privó

general Díaz la entrega de la plaza de México. *Entrevista con el general Porfirio Díaz. (Nota de A. P.)*

(1) Durante nuestra residencia en la Habana, debimos á la bondad del general Portilla, detalles importantes respecto de la conducta del general Márquez, una copia de la renuncia del primero y otros documentos interesantes.

de esta manera á los defensores de esta plaza de un recurso importante, que por sí sólo habria servido para salvar la situación. Efectivamente, esta libranza no llegó á su destino.

Cuando el general Márquez pudo obrar sin tener que responder de su infame conducta, se presentó al consejo de ministros, con la libranza y otros pliegos, que según él habían quedado olvidados en la Administración de Correos. Como estos pliegos correspondían á los diversos secretarios de Estado, envió á cada ministro los que provenían de su departamento respectivo; y en presencia de los miembros del Consejo abrió el suyo, que contenía *por casualidad* la libranza referida de 150,000 pesos, cantidad que se hizo pagar por la casa de Barron (1).

Triunfante la traición, después de la pérdida de Querétaro, quedaron en fin Maximiliano y Miramón á discreción de los hombres que debían sacrificarlos; la venganza de Márquez traspasó entonces los límites de lo que es posible imaginarse: quiso privar á sus víctimas del consuelo de una defensa eficaz y vigorosa. Incapaz de sufrir las consecuencias morales de su conducta, no permi-

(1) Esta casa es millonaria y una de las más conocidas en México. El hecho que acabo de relatar fué público. El mismo general Márquez me lo refirió la noche de mi entrada en México. Inútil es decir que este último atribuya á una desgraciada casualidad el olvido de la administración de correos. Para probar mejor su buena fé, Márquez era capaz de mandar fusilar desde el director hasta el último empleado de dicha oficina.

tió la salida de los defensores, á quienes se les instruyó de la misión que debían desempeñar por el abogado Riva Palacio, padre del jefe republicano de este apellido, quien había tenido una conferencia, el 28 de mayo, con el general en jefe de las fuerzas sitiadoras (1).

Márquez había recibido anteriormente un telegrama en que le ordenaba Maximiliano que enviase á los defensores elegidos por él; mas guardó secretamente este despacho, fingiendo no haberlo recibido, de manera que el público no supo esto, sino después de la entrada de las fuerzas republicanas en México, y por los diarios que publicaron el telegrama. Retardó Márquez tanto como le fué posible la salida de los defensores y de los representantes extranjeros que habían sido llamados por el Emperador. El Barón de Lago, embajador de Austria, lo prueba en su nota fecha 23 de junio de 1867, dirigida al gobierno de Viena, nota motivada por las dificultades que tuvo necesidad de vencer para obsequiar la voluntad del Emperador. «No obstante los obstáculos que el lugarteniente del Imperio opuso á mi partida, dice este diplomático, pude salir de México el 31 del mes último.»

Mas Miramón no tuvo la triste satisfacción concedida á Maximiliano. En este momento su voz no tenia prestigio, y su enemigo pudo cometer

(1) El *Memorandum* publicado en México por los defensores de Maximiliano, da fé de esto. (Véanse las páginas 12 y 13 de esta publicación).

impunemente la mayor y la más cruel de las infamias. Al crimen de traicionar á Miramón, agregó Márquez el de privarle de la defensa que deseaba, último consuelo y única esperanza que puede concebir el hombre frente al cadalso. Felizmente, los defensores tuvieron la previsión de formular una protesta ante el cónsul de los Estados Unidos, M. Marcus Ottemburgo, y en presencia de tres testigos. De esta manera proporcionaron á la historia la prueba de la infamia de Márquez (1), relegando al asesino al lugar degradante que merece, y manifestando que nadie puede tenderle la mano, sin mancharse con la sangre cobardemente derramada.

Mientras que procedía de esta manera el lugarteniente del Imperio, prolongaba también la penosa situación de la población de México, por medio de un tejido de mentiras que podrían disculparse si se hubiera tratado de alcanzar algún resultado favorable; pero que eran criminales é indignas, tratándose sólo de salvar las apariencias y de cubrir la más horrible de las traiciones.

Trasformado en verdadero soberano, aunque sólo había recibido plenos poderes para marchar en socorro de Querétaro, el traidor creó generales de brigada y división, y prodigó grados y cruces de todas categorías y de todas clases.

(1) La protesta de los defensores nombrados por Miramón fué formulada en 25 de junio de 1867, y publicada con la certificación y el sello del consulado de los Estados Unidos, en el número 28 del diario *El Globo* de México, correspondiente al 28 de junio del mismo año.

Maximiliano, durante el sitio de Querétaro, sólo nombró un general, á Arellano, y sólo concedió tres cruces del águila mexicana; Márquez en México distribuía profusamente condecoraciones y distintivos, haciendo creer que eran legales estas concesiones (1).

Inmediatamente que supo Márquez la llegada de Arellano á la capital, por medio del telégrafo dió parte de este acontecimiento á los diversos cuerpos que formaban la línea de defensa, asegurándoles que el Emperador se dirigía á México.

En la prolongada conferencia de Márquez y Arellano, éste le refirió los detalles de la defensa de Querétaro, desde su salida de la plaza hasta el desastre del 15 de mayo; le dió al lugarteniente del Imperio todos los datos exactos respecto del número de tropas que sitiaban á México, y de los lugares que ocupaban en la línea extensa que cubrían; le demostró la facilidad con que podría batirse al enemigo en detal; para este caso le ofreció su espada, y le indujo á que hi-

(1) La prueba de que Márquez no tenía los poderes necesarios para conferir grados y condecoraciones, está principalmente en que Maximiliano concedió el 10 de abril, tercer aniversario de su aceptación del trono de México, el grado de general de brigada al coronel Quiroga, que entonces estaba en México á las órdenes del general Márquez, y á quien le había concedido este grado el lugarteniente del Imperio, desde fin de marzo. El mismo día el Emperador decretó las condecoraciones destinadas para recompensar á ciertos personajes militares ó civiles de la capital.

ciera el esfuerzo último para salvar al Emperador. El lugarteniente manifestó á Arellano que no ignoraba los acontecimientos de Querétaro; que diariamente recibía noticias relativas á ellos, ciertas y precisas, por conducto de una señora de alta posición social que se había trasladado á Tacubaya con ese objeto; que los republicanos de México hacían circular, por medio de impresos, todas las noticias fatales para el Imperio; que los prisioneros hechos á los sitiadores contaban también lo de Querétaro; que el capitán Guerra Manzanares, del Regimiento de la Emperatriz, había entrado en la capital pocos días después, el 15 de mayo, contando á todos la traición de López y sus consecuencias, por lo cual había sido reducido á prisión dicho capitán; que la salida de la esposa de Miramón y la de los defensores de Maximiliano eran bastante conocidas, y que uno de éstos había tenido una conferencia con Lacunza, Presidente del Consejo de Estado, pretendiendo hacer publicar la abdicación que Maximiliano había enviado á dicho señor Lacunza, en el caso en que fuera hecho prisionero ó que fuera fusilado: que los ministros y Tabera, el general en jefe, complicaban horriblemente la situación de la plaza por su desmoralización, y que no contaba con personas aptas para ayudarle en esa empresa. Terminó Márquez declarando á Arellano que consentía en atacar á los sitiadores; que en tal supuesto aceptaba sus servicios; pero que le recomendaba no confirmase los rumores que corrían acerca de la exacta verdad de los hechos

verificados, so pena de ver que la plaza sucumbiera inmediatamente.

Terminó esta conferencia á las cuatro de la mañana del día 15. Márquez suplicó á Arellano que le comunicase oficialmente y por escrito la noticia de la llegada próxima de Maximiliano y sus tropas á la capital, á fin de que pudiera solemnizarla con regocijos públicos, y reanimar así la moral del ejército y del pueblo, lo cual permitiría efectuar una salida decisiva contra los republicanos. Arellano respondió que, aunque era cierto que durante el sitio de Querétaro, el Emperador había hecho esparcir noticias falsas, bajo la firma de su jefe de Estado Mayor; sin embargo, esta estratagema estaba permitida en tiempo de guerra por el derecho de gentes; que en Europa los generales habían hecho más, falsificando firmas; que nada de esto ignoraba; pero que, sin embargo, nunca daría en términos precisos la noticia de que se trataba, que su presencia en la plaza sitiada era suficiente, así como la confirmación que daría de la noticia que debería publicar Márquez. Al momento de separarse, expresó Márquez el deseo de que hablase Arellano á los miembros del gabinete, reunidos, recordándole que los ministros eran de las personas más desmoralizadas. Arellano se rehusó á dar estas noticias falsas á los ministros; Márquez se encargó de inventar una novela respecto del pretendido socorro que el Emperador traía á la capital, con la condición de que lo apoyase Arellano.

Se dispuso que la entrevista se verificara á las

diez de la mañana en la sacristía de la iglesia de *los Angeles*, punto inmediato á *Santiago*, que era la residencia ordinaria del terrible lugarteniente del Imperio.

Las convicciones políticas de toda su vida; su adhesión á Maximiliano, quien en el último período de su efímero reinado le había colmado de consideraciones; la amistad que profesaba á Miramón, el más querido de sus discípulos y el más íntimo de sus amigos, todo esto, en una palabra, le imponía á Arellano la obligación de hacer mil sacrificios que serían inútiles á causa de la venganza y de la traición de Márquez.

El lugarteniente del Imperio no tenía necesidad de hacer grandes esfuerzos para que Arellano sostuviera en la conferencia la falsa noticia que había circulado en la plaza sitiada, sobre el próximo regreso de Maximiliano. Estaba prisionero el Emperador, mas el partido que le había elevado al trono podía aún salvarse de la inmensa ruina á la que debía ser arrastrado para satisfacer el despecho de un hombre, cuyas malas pasiones jamás pudieron definirse exactamente. La salvación de este partido dependía sólo de una pronta derrota de los sitiadores, cuatro veces más numerosos, pero diseminados en una línea de circunvalación de más de doce leguas de longitud. Era racional procurarse una victoria atacándoles por partes, renovando las salidas útiles, que se hacían durante el sitio de Querétaro en circunstancias menos favorables.

Si se obtenía la victoria, se detendría la ven-

ganza política de Juárez y de su ministerio, suspendida sobre la cabeza de Maximiliano y las de sus generales; mas si esto no era suficiente, quedaba el recurso de tomar en rehenes á ciertas notabilidades liberales que se encontraban en la ciudad, y de quienes se habría podido servir Márquez, no sólo para salvar la vida á los prisioneros, sino también para obtener su libertad, en razón de la fama de hombre terrible y sanguinario, que bien merecía y que tenía en realidad el lugarteniente del Imperio.

Tal vez la caprichosa fortuna no habría sido favorable á las armas imperiales, mas entonces sucumbirían con gloria, luchando hasta el último momento, sin ponerse á discreción del enemigo, resolución extrema, que en estos días de odios y de pasiones revolucionarias, salva del cadalso á algunos vencidos, sin perdonar á nadie las humillaciones de partido y los sufrimientos más horribles.

La generosa esperanza de hacer un servicio á los desgraciados prisioneros y al partido que iba á desaparecer en el torbellino de las venganzas, preocupó algunos momentos la imaginación de Arellano. Entonces no creía éste en la traición de Márquez, mas aun suponiendo lo contrario, jamás habría podido imaginarse que el lugarteniente del Imperio contribuiría á derramar la sangre de dos víctimas, Maximiliano y Miramón. Por otra parte, renunciando á esta sanguinaria y horrible satisfacción, el propio interés de Márquez debía arrojarle á una lucha que le permitiría al

menos salvarse del terrible naufragio que se presentaba. Arellano podía entonces estar seguro de que se arrancaría de las manos de los verdugos á sus víctimas; que se libertaría de inmensas desgracias al país; y que tendría entonces la satisfacción de haber dado á los acontecimientos de aquella época un impulso capaz de dirigirlos á un desenlace más favorable.

De cualquiera manera, siguiendo la conducta que se trazó, si el vulgo, la envidia y el espíritu de partido podían inculparle de haber sumergido durante algunos días en un estado penoso y de miseria á la capital, nunca podrían acusarlo de haber dado el golpe de gracia á los imperialistas. Decidióse, pues, á representar el papel que le imponían á la vez sus deberes y sus aspiraciones.

Muy pronto se disiparon sus ilusiones, no dejando en su lugar sino la más amarga de las realidades; Márquez tenía sed de la sangre de sus víctimas; y sólo permanecía en México para desvanecer cualquiera suposición respecto de su conducta. Por lo tanto, luego que la sangre enrojeció el *Cerro de las Campanas*, era preciso que pusiera fin á la horrible comedia que había desempeñado con increíble constancia. Hé aquí cuáles fueron los últimos actos de su traición:

Habiendo comunicado Márquez la llegada de Arellano á las tropas que cubrían las líneas de defensa, la noche del 14 de junio de 1867, se divulgó rápidamente esta noticia con la celeridad del rayo entre los habitantes de la ciudad, produciendo diversas y profundas sensaciones en todos

los partidos. Republicanos é imperiales conocían los detalles del desastre de Querétaro; los primeros lo aplaudían y lo consideraban como el triunfo infalible de su causa; éstos lo negaban, porque hería de muerte sus deseos más vivos. Los primeros daban gritos de rabia sabiendo que el general, que acababa de llegar, negaba abiertamente los acontecimientos originados por la traición de López; los segundos confundían sus ilusiones con la triste realidad de las cosas, acogiendo entusiasmados la noticia que destruía los temores generalmente esparcidos, después de 30 días de sufrimientos é inquietudes. Los unos y los otros, cuando el tiempo vino á confirmar la triste realidad de las cosas, confundían la responsabilidad de Márquez con la de Arellano, olvidando que éste no podía obrar, sino con arreglo á las circunstancias, y no considerando la inmensa responsabilidad que habrían hecho pesar sobre Arellano, aún los mismos que criticaban su conducta, si por un paso imprudente hubiera ocasionado la pérdida de la plaza sitiada; los unos y los otros le criticaron amargamente por no haber dicho la verdad á todos.

El espíritu público, excitado por grandes acontecimientos, tiene algunas veces rasgos particulares de candor: en este caso la opinión desconoce el derecho, olvida la historia y concibe deseos pueriles que no es posible satisfacer siempre. La efervescencia de los caracteres, en estos largos días de sufrimiento para unos, y de engañosas esperanzas para otros, condujo á pretender que,

habiendo entrado en una plaza sitiada un general, debía publicar los desgraciados acontecimientos que se habían verificado afuera. Ninguno se toma la pena de considerar, que sin duda habría sido muy oportuna la estratagema de que se ha hablado, y que habría merecido los elogios de muchos, si el general Márquez se hubiera resuelto á luchar con los sitiadores; y si en este ataque la fortuna caprichosa hubiese favorecido á las armas del Imperio.

Desde la aurora del 15 de junio, Arellano fué verdaderamente asaltado por una multitud de personas de todas categorías, de todos sexos y de todas edades, quienes en razón de su alta posición social, de sus antecedentes políticos ó de sus amistades, se creían con derecho para saber la realidad de las cosas. Arellano confirmaba en pocas palabras la noticia que circulaba en México y que causó un indescriptible entusiasmo entre los imperialistas.

Arellano se presentó á la hora fijada en la iglesia de los *Angeles*, según lo que se había convenido con Márquez. Este abusó de la complacencia de que Arellano había dado muchas pruebas únicamente por sostener la plaza y hacer triunfar á sus defensores; en vez de una simple reunión de las personas que formaban el gabinete, el lugarteniente del Imperio instaló el consejo de ministros, bajo su presidencia, ante el presidente del Consejo de Estado; después tomando la palabra, habló largamente refiriendo á su modo los acontecimientos de Querétaro, y la próxima lle-

gada de Maximiliano; al terminar, preguntó á Arellano si su narración estaba conforme con la que él mismo le había hecho. Arellano pensó primero desmentir al traidor, que á tal grado llevaba la impostura, deseando no engañar al Consejo de ministros reunido solemnemente; pero se contuvo, y creyó que más bien debía secundar los deseos de Márquez, no por temor á las medidas que contra él podía tomar el lugarteniente del Imperio, sino porque se hubiera perdido la situación en aquellos críticos momentos. Bajo esta presión moral, Arellano respondió afirmativamente, y la sesión terminó.

Márquez quería hacer pesar sobre Arellano la responsabilidad de la prolongación del penoso estado de México, cuando se presentara más tarde él mismo como una víctima del error en que había hecho caer á los ministros; mas el traidor fué inhábil en esta mezquina intriga, imaginándose que al fin el tiempo jamás publicaría las mil pruebas de traición, ni pondría de manifiesto los hechos consumados durante este fatal mes. Luego que se creyó al abrigo para el porvenir, publicó oficialmente la noticia, dando por autor á Arellano, la hizo comentar por los diarios de la capital y mandó solemnizarla.

Grande fué el entusiasmo del ejército imperial y de los partidarios del trono; un ligero esfuerzo habría bastado para obtener la victoria sobre los sitiadores, sobre todo en el momento en que un funesto error de los republicanos ofreció la ocasión más favorable y más segura para atacarlos.

Los sitiadores al oír desde sus puestos las salvas y las otras demostraciones de regocijo público de la capital, creyeron que ésta les abría sus puertas y que sus partidarios se habían sublevado, como ya lo esperaban; creyeron entonces los jefes sitiadores que de un solo golpe podrían tomar la ciudad, y la atacaron vigorosamente para apoyar el movimiento que creían efectuado en su favor. Mas entonces los sitiados, que en este momento estaban llenos de entusiasmo, ametrallaron las columnas republicanas, y las obligaron á retroceder, haciéndoles experimentar grandes pérdidas. Si en aquellos momentos se hubiera efectuado la salida solicitada por Arellano y aconsejada por el sentido común, el triunfo habría sido infalible.

Antes de que se verificara el error de los sitiadores, Arellano había aconsejado al general Márquez que no despreciara la oportunidad de tomar la ofensiva, porque al efímero entusiasmo del momento sucedería después un desaliento mayor que el pasado. El traidor manifestó la misma opinión, hasta el instante en que pudo engañar al ministerio y hacer circular oficialmente la falsa noticia; mas después alegó de nuevo contra los deseos de Arellano, el pretexto de una imposibilidad absoluta, y entró en su acostumbrada inacción, á pesar de las instancias del jefe de artillería.

Del 15 al 19 de junio, el lugarteniente del Imperio se ocupó activamente en una sola cosa: despojar con encarnizamiento á los ricos, á quie-

nes ya les había exigido rescate, y obligarlos á que dieran fuertes sumas, so pretexto de la próxima llegada de Maximiliano á la capital. Obtener este resultado, dejar toda suposición respecto de su traición, y aparecer ante el mundo entero como el principal sostén del Imperio hasta la muerte del Emperador: tal fué su única preocupación, mientras que engañaba por la centésima vez á un pueblo en desgracia y desesperado. Con este solo objeto prolongó por seis días los horribles sufrimientos de una población que ya era presa de los horrores de la miseria y del hambre; y en fin, para experimentar cómodamente la satisfacción de su venganza, añadió á las matanzas de Querétaro, de Puebla, de San Lorenzo y de México, de las cuales había sido la causa, la muerte de algunos centenares de mexicanos que perdieron la vida, ya en el ataque del 15 de junio, ya por las balas de ambos campamentos, durante los últimos seis días de una lucha tan sangrienta como estéril, puesto que no produjo resultado alguno satisfactorio.

Mas el día 18, la vuelta del Barón de Lago á Tacubaya, las gestiones que había hecho este diplomático cerca del general republicano para salvar á los austriacos, que formaban parte de los defensores de la capital, y finalmente, las cartas enviadas por él al coronel Khevenhüller, disiparon todas las dudas respecto de la posición de Maximiliano y su ejército. El consejo de ministros interpeló aquel día al lugarteniente del Imperio, sobre la realidad de las cosas, extrañando mucho

que Arellano hubiese dado la falsa noticia publicada y solemnizada oficialmente. Márquez se burló de los ministros, fingió sorprenderse de lo que acontecía, aseguró que procuraría verificar la verdad, y prometió mandar fusilar á Arellano si era cierta la noticia que le habían comunicado los ministros (1).

El 19 de junio, día nefando en la historia de México, un gran crimen ensangrentó el *cerro de las Campanas* de Querétaro. A las siete de la mañana Maximiliano, Miramón y Mejía cayeron heridos de muerte por las balas de la República. Las últimas palabras de los dos primeros fueron de paz y de concordia; su último pensamiento fué para la patria (2). Tranquila la conciencia de es-

(1) El mismo general Márquez me refirió esta escena, y lejos de dar sus disposiciones para mandarme fusilar, el día siguiente, 19 de junio, hizo que se me extendiera un duplicado del despacho de general, que el Emperador me había concedido, así como una orden para que el gran canciller me diera también un duplicado de la cruz de gran oficial de la Aguila Mexicana, última recompensa con que el Emperador me agració la noche del 14 de mayo. Me dió el general Márquez estos documentos, temiendo que los originales se hubieran extraviado entre los papeles que perdí en Querétaro.

(2) Don Juan de Dios Arias, que respiraba por la boca del general Mariano Escobedo, en tratándose de los sucesos del sitio y la ocupación de la plaza de Querétaro, refiere así ese gran trance:

“A las seis de la mañana del 19 de Junio, una división de 4,000 hombres, mandada por el general Díaz de León, formaba en cuadro al pie del cerro de las Campanas, por el frente que mira al nordeste. Multitud de gente del pue-

tas víctimas, condenaron á su verdugo al desprecio público, y elevaron sus magnánimas almas al trono de Dios

Márquez, el verdadero verdugo de estas ilustres víctimas, estaba en México. El telégrafo tras-

blo acudía silenciosa á colocarse en el vasto recinto de la colina. Los reos que habían dictado ya sus últimas disposiciones, y consagrado sus postreras horas á recibir los consuelos de la religión, subían cada cual acompañado de dos sacerdotes, á tres carruajes que debían conducirlos. Serían las siete y cuarto cuando llegaron al cuadro de tropa, frente al cual Maximiliano salió el primero, y dirigiéndose á Miramón y á Mejía, que sucesivamente habían dejado los coches, les dirigió la palabra, diciéndoles muy cortesmente: “vamos, señores.” Los sentenciados se dirigieron con paso firme al lugar del suplicio; allí se dieron un mutuo abrazo de despedida. Maximiliano sacó de su bolsa unas monedas de oro de á 20 pesos, que distribuyó entre los soldados que iban á fusilarlo. Mejía también dió á los que debían disparar sobre él, una onza de oro para que se la repartiesen; y en este intervalo, Maximiliano levantó la voz y dijo: “Voy á morir por una causa justa, la de la independencia y libertad de México. ¡Que mi sangre selle las desgracias de mi nueva patria! ¡Viva México!” Miramón á su vez leyó en voz alta un papel en que decía: “Mexicanos: en el consejo mis defensores quisieron salvar mi vida; aquí, pronto á perderla, y cuando voy á comparecer delante de Dios, protesto contra la mancha de traidor que se ha querido arrojarme para cubrir mi sacrificio. Muero inocente de este crimen, y perdono á sus autores, esperando que Dios me perdone, y que mis compatriotas aparten tan fea mancha de mis hijos, haciéndome justicia. ¡Viva México!” Después, colocándose en el sitio designado, Maximiliano, que había suplicado no se le lastimase la ca-

mitia la fatal noticia de esta horrible ejecución al campamento de los sitiadores de esta plaza, de donde llegaría á conocimiento del lugarteniente del Imperio.

¡Estaba satisfecha la más horrible de las venganzas! ¡Había triunfado la más infame de las traiciones! ¡Estaba terminada la obra que se había proseguido laboriosamente en medio de mil crímenes sin nombre! ¡Estaban cumplidos los jura-

ra, separó su rubia barba con ambas manos, echándola hacia los hombros, y mostró el pecho: lo mismo hizo Miramón, diciendo á los soldados: "aquí", señalándose el corazón y levantando la cabeza. Mejía no habló nada; tenía el crucifijo en la mano, que separó al ver que los soldados le apuntaban. Se dió la señal de fuego, y una descarga echó por tierra á los tres colosos del Imperio.

"Maximiliano no sucumbió en el acto, y se advirtió, porque ya caído pronunció estas palabras: "hombre, hombre." Entonces se adelantó un soldado para dispararle el golpe de gracia, con el cual exhaló el último aliento."

Maximiliano, la víspera, regaló su retrato al general Escobedo, con esta dedicatoria: *Al Señor General Mariano Escobedo. 18 de Junio de 1867. Maximiliano.*

El general Escobedo guardaba como inapreciable reliquia histórica este retrato, así como uno de los fusiles con que fué ajusticiado Maximiliano, otro que sirvió para dar igual fin á Miramón, el par de pistolas de Mejía, quien, al ser conducido prisionero del cerro de las Campanas al convento de la Cruz, dijo á Escobedo: "Como un recuerdo, tenga usted la bondad de aceptar mis pistolas." El vencedor de Querétaro tenía también guardada en precioso estuche una de las onzas de oro de á veinte pesos, que Maximiliano repartió el día 19 entre los soldados que le fusilaron. (*Nota de A. P.*)

mentos hechos en los desiertos de oriente, á la vista de las pirámides de Egipto, y tomando el vino de los festines de Constantinopla. Nada faltaba que hacer, sino huir y buscar la soledad y el retiro para gozar del sangriento y horrible triunfo!

Márquez dió fin á su obra, procurando entregar la plaza á los sitiadores; el 19 de junio, día de su triunfo, dirigió al general en jefe de las tropas sitiadas, á los ministros y al consejo de Estado, la siguiente comunicación que era también la última de sus infames mentiras: "Supuesto que se ha probado que el Emperador está prisionero, el infrascrito cesa de ser el lugarteniente del Imperio. — (Firmado, Márquez.)"

En seguida se ocultó, abandonando á su propia suerte á los hombres é intereses comprometidos por su lealtad á la causa que había hecho perecer (1). Los defensores de México se rindieron á discreción; las fuerzas de la República entraron triunfantes en la capital; nuevas víctimas fueron inmoladas; y su sangre recayó entonces, en medio de las tinieblas, sobre Márquez, el verdugo de Maximiliano y de Miramón.

(1) Márquez se ocultó sin darme algún aviso para procurar mi salvación en medio de una plaza que se rendía á discreción, donde ningún mando tenía, y cuando yo debía ser el blanco del rencor de los vencedores. La consecuencia de que fué víctima en el momento en que daba al lugarteniente del Imperio una nueva prueba de mi lealtad fué tanto más grave, cuanto que la víspera me ofreció el mismo Márquez que, en caso de ocultarse, me haría saber inmediatamente esta resolución.

¡Que la humanidad entera se levante para lanzar el anatema de desprecio y execración sobre el infame asesino! ¡Que su última maldición sea para el cobarde traidor!

XX.

¿Tomó Márquez su venganza y consumó su crimen de acuerdo con los republicanos?—Los hechos responden afirmativamente.—Defensa de López.

Quedaría incompleta la descripción de una de las más horribles traiciones que puede ofrecer nos la historia, si no se tratase de resolver esta cuestión que ha permanecido en la obscuridad. ¿Preparó Márquez su venganza y consumó su crimen de acuerdo con los republicanos?

Tal vez nunca llegue á penetrar la luz de la verdad hasta el fondo de este enigma; la traición seguramente no ha dejado huellas ni pruebas materiales sobre este punto; pero felizmente no hay necesidad de condenar al asesino. Probado el crimen, como lo está, nada pierde de su carácter, suponiendo que la ejecución haya sido ó no arreglada de antemano, de acuerdo con los hombres de partido republicano.

Mas si no pueden presentarse las pruebas escritas de esta combinación, cuando se considera la conducta infame del traidor Márquez, la con-

ciencia está obligada, sin embargo, á responder de una manera afirmativa á la cuestión propuesta (1) y los hechos mismos manifiestan patentemente la manera con que se ejecutó la venganza.

La cadena de funestos acontecimientos que acabamos de referir, tiene por primer eslabón el

(1) Ya desde 1867, estando en México el general Díaz, se tuvo empeño en deslucir algunos de sus hechos de armas: como la toma de Puebla, la derrota de Márquez en San Lorenzo y el sitio de México. Se dijo entonces, por pura mira política y para contrarrestar su creciente popularidad, que ya le impelia al poder: que la victoria de Puebla debíase en parte al general Alatorre, que había tomado Jalapa; que la derrota de Márquez en San Lorenzo, á la oportuna ayuda de la caballería del general Guadarrama; que sin combatir había tomado México.

El general Manuel González contestó así estos cargos: Alatorre tomó Jalapa cinco meses antes del asalto de Puebla, pero Alatorre era uno de los capitanes del general Díaz, en virtud de cuyas órdenes obró sobre Jalapa; la derrota de Márquez en San Lorenzo, la proporcionó el general Jesús Lalanne, disputándole el paso al jefe reaccionario, lo cual entorpeció su retirada y dió lugar á que se le alcanzase, sufriendo un descalabro; México se tomó al mes y siete días, después de la ocupación de Querétaro, y combatiendo, como lo prueban las víctimas innumerables de ambos ejércitos, inmoladas todavía la víspera de la rendición.

Y si esto no bastara para probar que no hubo inteligencias entre Márquez y el general Díaz, haría prueba plena, la afirmación que el autor mismo hace en la página 189, de que hubo matanzas en Puebla, San Lorenzo y México; y en esta última ciudad, hasta "durante los últimos seis días de lucha sangrienta."

El general González agregaba en esa brillante defensa de